

## VIOLENCIA SOCIAL Y ADOLESCENCIA\*

### ¿Diversos caminos de la i-legítima violencia? Su despertar en la adolescencia.

*Mireya Frioni\*\* , Cecilia Romero\*\*\* , Alicia Abal\*\*\*\**

#### **La adolescencia en la historia. Breve reseña.**

El empleo del término adolescencia se remonta a la antigüedad clásica. Aunque con usos sociales y contenidos culturales diversos, esta noción remite en la mayoría de los casos a un período de la vida concebido como potencial y a su vez llamado a ser controlado por el mundo adulto, al percibirse en él algo de lo indomeñable.

Ya en los “Diálogos” de Platón, y particularmente en “Laques o del valor”, se alude en palabras de Lisímaco a la decisión de procurar a los hijos que “entran en adolescencia” una mejor educación y no hacer como “acostumbran los más de los padres”, quienes los dejan “vivir a su libertad y capricho”. En otro pasaje se expresa a través de Nicias, aquello que se espera lograr de los jóvenes mediante el ejercicio de las armas: que se endurezcan

---

\* *La presente sección recoge una serie de ponencias presentadas en las Jornadas sobre Violencia Social y Adolescencia organizadas por el Laboratorio de Adolescencia de APU, año 2005.*

\*\* *Miembro Titular de APU. Gurí 961 E-mail: mfrioni@adinet.com.uy*

\*\*\* *Integrante del Instituto de Psicoanálisis de APU. Pèrez Gomar 4466/502 E-mail: mcecilia\_r@yahoo.com*

\*\*\*\* *Lic. Alicia Abal. Francisco del Puerto 3841, rasal@adinet.com.uy*

en el trabajo, se vuelvan más vigorosos y robustos al tiempo que se los aleja de los “placeres de pasatiempo, que buscan de ordinario por falta de ocupación” (Platón, 1979: 43).

Desde el arte emerge una visión de la adolescencia que no sería sencillo ubicar en la historia dada la vigencia que encierra: “Desearía que no hubiese edad intermedia entre los 16 y 23 años o que la juventud durmiera hasta hartarse, porque nada hay entre esas edades como no sea dejar embarazadas a las chicas, agraviar a los ancianos, robar y pelear” (Cuentos de invierno, Shakespeare)<sup>1</sup>.

Hacia el siglo XVIII, Rousseau consignaba: “No sabemos las fermentaciones sordas que en la sangre de la juventud excitan ciertas situaciones y ciertos espectáculos, sin que sepa ella misma distinguir la causa de esta primera inquietud, que no es fácil serenar, y no tarda en renacer”. (Rousseau, 1950: 480).

Esta noción de momento crítico, presente de modo variable desde la antigüedad clásica como mencionáramos, impregna todo el siglo XIX vinculada con la idea de peligrosidad. El narcisismo y el “apetito sexual” serán postulados como atributos que conllevan el germen de la desintegración social. El conocimiento y las prácticas del sexo de los adolescentes se ubicarán en el centro de la preocupación social y por tanto de la tarea educativa y las estrategias de control. Como lo expresa Perrot: “... la ternura que rodea al niño se tiñe de desconfianza y de distancia con el adolescente siempre sospecho de sedición”. (Perrot, 2001: 167).

Para Barrán en la sociedad uruguaya y hasta 1880 se puede hablar de pubertad pero no de adolescencia. El pasaje de la pubertad a la adultez se producía casi de inmediato. Es en el siglo XX y al compás de las transformaciones políticas, económicas y sociales, que emerge del púber, el adolescente (Barrán, 1990). El matrimonio tardío, el contacto postergado con el mundo del trabajo y la extensión de los años de aprendizaje que la cultura letrada requería, contribuyeron a la creación del

---

1. Citado por WINNICOTT, D. *Reprivación y delincuencia*. Buenos Aires, Piados, 1990, p. 183.

adolescente de la modernidad. En adelante será él quien deberá internalizar el espíritu de vigilancia, convirtiéndose en el guardián de sus propias pasiones. Internalización de una moral que dará cuerpo al “superyó” como creación cultural (Barrán, 1990).

En América Latina, el protagonismo de los adolescentes y su visibilidad en la escena pública ocurre, según afirma la investigadora mejicana R. Reguillo (2000), hacia mediados del siglo XX. Reconocidos tras la figura del “estudiante”, los adolescentes comienzan a constituirse en actores sociales preocupados y progresivamente involucrados en la cuestión política. Vistos con temor o con cierto romanticismo, han sido pensados a lo largo de la historia del siglo pasado como “rebeldes”, “subversivos”, “violentos” y más recientemente como “delincuentes” (Reguillo, 2000).

### **Los cambios sociales y culturales.**

En los últimos años y vinculadas a las nuevas realidades macroeconómicas, sociales y culturales, se observan transformaciones significativas en el tejido de nuestra sociedad, procesos que afectan fuertemente la constitución subjetiva.

Las trayectorias de vida antiguamente claras, colocaban al sujeto ante metas previsibles y más o menos inevitables, procurando a la organización social su reproducción y continuidad a través de diversas prácticas sociales. El desdibujamiento de los mecanismos tradicionales de integración social, ha introducido la incertidumbre en la vida de los sujetos, al tiempo que pone en riesgo la continuidad espacio-temporal de la vida social (Bourdieu, 1998).

Como mecanismos de integración social propios de la modernidad hacemos referencia fundamentalmente al Estado-nación, el trabajo, la escuela y la familia patriarcal. Y si bien no es propósito de este trabajo ahondar en estos aspectos, cabe sí realizar una aproximación a la dimensión socio-cultural de estas

transformaciones, al menos en alguno de sus aspectos.

S. Duschatzky y C. Corea, entre otros autores, señalan que estamos ante una transformación del orden social del cual la organización familiar nuclear era expresión y sostén. Recogiendo el pensamiento de I. Lewkowicz afirman que la potencia soberana del Estado ha sido sustituida por la potencia soberana del mercado, modificándose profundamente el piso de condiciones de la constitución subjetiva. Dichas transformaciones han dado lugar al surgimiento de múltiples modos de relación no respetuosos de la lógica de la autoridad simbólica propia de la estructura paterno-filial (Duschatzky y Corea, 2002)<sup>2</sup>.

Las nuevas configuraciones, señalan las autoras, propician una indiferenciación de lugares entre adultos y adolescentes. Dicha indiferenciación, en contraste con la reconocida por P. Ariès (Ariès, 1987) a principios de la era moderna y durante mucho más tiempo en las clases populares, emerge ahora como efecto del decaimiento de las instituciones modernas promotoras de la distinción de espacios y lugares para la infancia y la adolescencia.

En la actualidad estaríamos frente a un fenómeno de simetría de las relaciones padres - hijos cuya manifestación adopta diferentes formas. En este sentido se observa en ciertas circunstancias que son los adolescentes quienes ejercen la función de cuidado y provisión en el entorno familiar, mientras que en otras, los padres, en un afán por preservarse siempre jóvenes, adoptan conductas que no se diferencian de aquellas que caracterizan a los más jóvenes. Procesos que parecen dar cuenta de un cierto desdibujamiento de las fronteras generacionales.

Interesa asimismo mencionar el estudio realizado por D. Gil acerca de los cambios operados en la familia tradicional, el

---

2. *Entre dichos modos encontramos la "fraternidad". Si en estructura paterno filial el sujeto se produce mediante la socialización en un conjunto de normas y valores que anteceden a la experiencia singular, cuando se trata de los bordes de la misma aparece un modo de vinculación fraternal en el cual los valores surgen del seno mismo de la experiencia.*

cual lo lleva a afirmar la existencia de diversas formas de organización familiar, sosteniendo asimismo que las funciones paterna y materna rígidamente establecidas en la sociedad patriarcal han comenzado a desdibujarse (Gil, 2002).

### **Qué entendemos por violencia.**

La violencia es un término que no pertenece a los diccionarios del psicoanálisis ni de la psicología, es un término incorporado desde otras áreas del conocimiento: sociología, criminología, ciencias de la educación. El concepto de violencia no aparece más que en una ocasión en la obra de Freud, en: *¿Por qué la guerra?* Así violencia y guerra en su pensamiento están asociados como recurso extremo a la fuerza para obtener la solución del conflicto. Se trata de una barbarie que cuestiona las adquisiciones de la cultura.; la violencia resulta en la brusca destrucción de la unión social, un retorno a modos arcaicos de respuesta.

Asimismo vemos cómo la violencia y la guerra están presentes en la humanidad desde su prehistoria. P. Clastres afirma que no se puede pensar la sociedad primitiva sin pensar también la guerra, la que adquiere una dimensión de universalidad en tanto constituye una estructura de la misma sociedad: “la voluntad de perseverar en su ser indiviso anima igualmente a todos los Nosotros, a todas las comunidades: la posición del Sí-mismo de cada una de ellas implica la oposición, la hostilidad contra las otras” (Clastres, 2004:71).

Nos parece interesante la hipótesis de F. Marty, quien considera que este término tuvo su entrada en la bibliografía psicoanalítica al mismo tiempo que se desarrolló el interés por un acercamiento o una aproximación al psicoanálisis de adolescentes. Esto ocurre alrededor de los años 70 y más recientemente aún se constata un aumento de referencias bibliográficas a la violencia en general y a la violencia adolescente.

La violencia en la adolescencia constituye una realidad

sensible para los técnicos clínicos, terapeutas, trabajadores sociales y docentes. Encontramos en todos los tiempos y en todas las sociedades y culturas un cierto miedo a la pubertad, a ese pasaje de la infancia a la edad adulta, a los cambios de que ella es portadora y que resultan potencialmente desorganizantes para la sociedad, a los riesgos de desorganización psíquica que ella puede ocasionar y los efectos psicopatológicos que ello conlleva. Sin embargo no debemos asimilar violencia con adolescencia. No sólo los adolescentes ejercen violencia ni todos los adolescentes lo hacen.

No es fácil definir la violencia. El diccionario de M. Moliner dice de ella: “Fuerza. Utilización de la fuerza en cualquier operación. Manera de proceder. Acción injusta con que se ofende o perjudica a alguien”. La fuerza es inherente a la violencia, pero no toda fuerza es violenta. Sin embargo A. Green en una compleja ponencia en el Coloquio de Mónaco sobre este tema dice: “toda pulsión es directa o potencialmente violenta”. En otro momento de la misma ponencia agrega: “La violencia debe ser concebida bajo el ángulo de la fuerza. Más exactamente una fuerza sorda, constante, hecha presión en el seno del psiquismo para obtener su satisfacción”.

Asimismo la apreciación de la violencia puede ser sensiblemente subjetiva, lo que es violento para uno puede no serlo para otro.

En psicoanálisis, la violencia se ubica en un entramado de nociones: agresividad, odio, dominio, violación, destructividad, etc. Pensamos que, sin embargo, es posible hacer una diferenciación:

- Por un lado la consideramos como agresión, deseo de control y dominio y el placer en la humillación que ella conlleva. A la vez, los diferentes modos de expresión en los que se puede manifestar la violencia, marcan siempre el exceso: exceso de presión, de urgencia, reflejando un desborde del yo y una amenaza de desorganización.
- Por otro la violencia interna, la violencia sufrida por el joven púber, la de sus deseos incestuosos y parricidas, la de su

agresividad estructurante, la del rebrote pulsional y la desligación problemática de las mismas, así como la sexualización de sus pensamientos.

La violencia está presente desde el comienzo de nuestra existencia. Si bien en el comienzo estaba el supuesto paraíso, también estaba la angustia y la destructividad. En los orígenes del sujeto (somato-psíquico) éste tiene que vérselas con un mundo hostil: desvalimiento del recién nacido, imposibilidad para socorrerse a sí mismo, dependencia de los objetos externos que le son ofrecidos, forzado en su fragilidad por los deseos que le preceden provenientes de sus objetos externos (seducción originaria, mensajes enigmáticos de los que nos habla Laplanche) y frente a los cuales el niño no dispone de medios para poder descifrar.

Queremos detenernos, tal como sugiere A. Birraux (Birraux, 2000), en esa fase normal de fogosidad, de vehemencia y de impetuosidad incontenibles. La adolescencia, más que una edad, es un tiempo de trabajo, de transformaciones psíquicas y de integración de las transformaciones pubertarias. Nos preguntamos entonces cuándo, en este tiempo, la violencia se encuentra al servicio de la constitución del yo y de su subjetivación ¿legítima violencia? y cuándo ella deviene acto, muerte o sacrificio.

Para P. Jeammet (1998) cuando se observan manifestaciones de violencia se percibe como si existiera una relación en espejo entre quien la ejerce y quien la padece. La experiencia clínica lo lleva a sostener que quien la actúa, estaría intentando recuperar el dominio sobre algo que ha tenido la sensación de padecer y lo amenaza en su identidad. De modo que si la violencia padecida nos provoca un sentimiento de no ser tenido en cuenta como sujeto deseante o sujeto existente, de ser tratado como un objeto (en el sentido material del término), es posible considerar que una constelación afectiva semejante mueva a quien la actúa.

¿Qué desencadena la violencia? Podríamos decir que surge

frente a un sufrimiento insoportable, ahí donde fracasan las palabras y los pensamientos para simbolizarlo, ahí donde las posibilidades de ligazón han quedado fuera de juego y la amenaza fantasmática de derrumbe narcisista fuerza a tratar mal al mundo exterior (Birraux, 2000).

El sujeto potencialmente violento experimenta la necesidad de los otros como una dependencia intolerable. Se siente disminuido y amenazado frente a una necesidad que lo confronta a la pasividad enloquecedora. La dependencia del objeto conlleva el peligro de verse invadido por él. Las carencias narcisistas y las fallas de la identidad, constituyen para P. Jeammet (1998) una situación de vulnerabilidad que lleva a la violencia.

Ella instauro un proceso de separación, de ruptura, de diferenciación abrupta con el otro. El sujeto intenta transformar el momento en su contrario, en particular, transformar la pasividad en actividad, hacer sufrir al otro aquello que él mismo ha sufrido.

Por su parte, las modalidades de expresión de la violencia en la adolescencia van a depender a la vez de la organización psíquica del sujeto y del medio. La incidencia de este último factor será tanto más importante cuanto más frágil sea la organización psíquica. El adolescente es propicio a la emergencia de la violencia. Ha perdido sus referentes infantiles sin haber encontrado aún los apoyos sociales, profesionales y afectivos de la edad adulta. Es particularmente sensible a la imagen de sí mismo que el mundo que lo rodea le reenvía. La excitación pulsional, la fragilización narcisista y la reactividad a los estímulos externos abren la vía a la violencia.

En este tiempo de trabajo psíquico que es la adolescencia, vemos cómo la utilización del espacio forma parte de ese movimiento de exteriorización a través del cual el adolescente encuentra un medio de figurar los contenidos intrapsíquicos así como de ejercer un dominio sobre ellos.

También el cuerpo puede convertirse para el adolescente en un medio propicio para figurar los contenidos intrapsíquicos e intentar ejercer, mediante su exteriorización, un cierto dominio sobre los mismos.



## **Cuerpo y violencia en la adolescencia.**

El cuerpo del púber va perdiendo el status de niño e ingresa en una transición hacia su correlato adulto. Aquí es donde se jaquean los referentes estabilizadores de una identidad posible. “Cuerpo extraño que el no eligió tener y que ve transformarse con una sexualidad que puede sentir, no suya. (...) Sexualidad que es ruptura en la pubertad, segundo tiempo de la sexualidad humana. Ruptura conflictiva, en lo relativo a la identidad ya que ella vuelve frágil el sentimiento de continuidad de existir en la «inquietante extrañeza» de un cuerpo cuyo porvenir no puede prever.

El adolescente adolece de una verdadera metamorfosis corporal, psíquica, y social. El cuerpo adquiere un carácter paradójico: por un lado es lo propio, lo nuclear de su persona y por otro, una serie de manifestaciones y exigencias le aparecen como ajenas.” (M. Frioni, 2004).

Hay, al decir de Mogillansky, una tensa búsqueda a la que se ve compelido el adolescente, búsqueda de reaseguradores donde pueda apoyar su futura identidad, sus nuevas identificaciones.

Pero, ¿De qué hablamos al decir: el cuerpo? Se trata de una imagen del cuerpo o del cuerpo pulsional? El cuerpo padece de una ambigüedad que es esencial en el hombre.

A pesar de la liberación de las costumbres y el levantamiento de los tabúes sexuales, la libertad decretada del uso del cuerpo y del sexo, la desaparición de las presiones morales y religiosas, tanto hoy como ayer, los adolescentes encuentran en el cuerpo un lugar para la expresión del malestar.

La manera como los jóvenes tratan su cuerpo provoca reacciones en quienes los observamos. Ellos toman su cuerpo como medio de expresión: los *piercing*, las laceraciones de la piel, los tatuajes. Estas conductas nos resultan verdaderamente enigmáticas a los adultos. A la vez, los tatuajes, los *piercing* forman parte de la moda adolescente actual. Su función ha sido identificada en el proceso de la adolescencia.

Tanto los tatuajes como los *piercing* les proveen de insignias

de pertenencia a una comunidad, al menos imaginaria, de seres libres; marca la pertenencia a un grupo, de “ser como otro”, y a su vez es la forma de diferenciarse de los adultos. Ello nos lleva a relacionarlo con los ritos de iniciación. P. Clastres, citado por D. Gil. dice: “En la medida exacta en que la iniciación es, indudablemente, puesta a prueba del coraje personal, éste se expresa, si así se puede decir, en el silencio opuesto al sufrimiento. (...) El fin de la iniciación, en su momento de tortura, es marcar el cuerpo: en el ritual iniciático, la sociedad imprime su marca sobre el cuerpo de los jóvenes. Ahora bien: una cicatriz, una huella, una marca, son imborrables. Inscriptas en la profundidad de la piel, ellas darán prueba siempre, (...) de que si el dolor puede ser sólo un recuerdo, es sin embargo experimentado en el temor y el temblor”.

Una paciente adolescente contaba en su sesión cómo temblaba como una hoja cuando se hizo un *piercing* en el ombligo, rodeada por sus amigas. Recuerda el “fierro al rojo” que le atravesó la piel, pero estaba feliz de hacerlo y cuenta como lo curó para que éste no se infectara. El marcar la piel por los tatuajes o por los *piercing* es una agresión a la piel, reversible, en algunos casos, cuando se afectan zonas no vitales como son el lóbulo de la oreja, y las cejas. En otros casos son formas de verdaderas mutilaciones.

Esta agresividad, este pasaje por el dolor, puede ser pensado, siguiendo a P. Jeammet, (1998) como una forma de acomodamiento de ese punto de partida violento que constituye para el adolescente la vivencia íntima de amenaza a su identidad.

Compartimos las preguntas que plantea M. Pelento: ¿Por qué eligen prácticas en las que está incluido el dolor, e incluso en algunas de ellas éste es el elemento esencial? Podríamos pensar como ella en una necesidad de probar límites, de trascender un cuerpo que es capaz de enfermar y morir. No podemos dejar de pensar que tiene algo de rito iniciático de pertenencia a un grupo.

Si bien damos vueltas alrededor de estos interrogantes, no podemos dejar de considerar la organización masoquista

de la psicosexualidad y que la misma constituye una característica de la sexualidad adolescente.

El cuerpo asume en parte el relevo del espacio psíquico que anteriormente contenía las operaciones internas, éstas parecen hoy parcialmente desinvertidas. Queda el cuerpo como testigo de los esfuerzos del adolescente por mantener un vínculo con su interior. Hay una externalización del mundo interno y un poner en el cuerpo aquello que la psiquis no logra representar simbólicamente. El mundo externo se ha vuelto menos peligroso que el mundo interno, incluso en las situaciones de riesgo a las que se exponen (juegos con la muerte, deportes riesgosos). Podemos entender las diversas puestas en escena del cuerpo como procedimientos que buscan dar curso a contenidos internos al tiempo que evitan el surgimiento de representaciones peligrosas o dolorosas.

En la clínica con adolescentes la presencia del cuerpo es llamativa, a diferencia de la clínica con adultos en la que éste puede angustiarse o deprimirse, donde el espacio está mediado por la palabra. Los adolescentes parecen no tener palabras para expresar su malestar y hacen a veces hasta de su vestimenta un modo de comunicación. Recordamos un paciente, un adolescente, quien por mucho tiempo venía a la sesión vestido de negro, camiseta negra con dibujos adelante y a veces en la espalda calaveras y arañas. Fue durante un período en el que tenía ideas de pelearse con todos, por lo que no salía de su casa y de su cuarto durante muchos días.

Por eso decíamos en otra oportunidad que en el curso de la adolescencia se instalan conductas corporales desconocidas hasta ese tiempo. Conductas de retracción, de exhibición, de inhibición, por lo general transitorias, pero las vemos como una forma de expresar sus conflictos allí donde las palabras no tienen lugar.

En la adolescencia se han perdido los referentes infantiles, sin haber encontrado aún los apoyos sociales, profesionales y afectivos de la edad adulta. El adolescente es particularmente sensible a la imagen de sí mismo que el mundo que le rodea le

reenvía; la excitación pulsional, la fragilización narcisista y la reactividad a los estímulos externos pueden abrir paso a la violencia. No es posible asimilar violencia con adolescencia. Una configuración de aspectos internos y condiciones externas al adolescente hará posible que la misma surja en su carácter destructivo o bien se mantenga al servicio de su constitución subjetiva.

### **Resumen**

#### **¿Diversos caminos de la i-legítima violencia? Su despertar en la adolescencia.**

*Mireya Frioni, Cecilia Romero, Alicia Abal*

El propósito de esta comunicación es compartir una reflexión en torno a la violencia y sus posibles expresiones durante la adolescencia. Jaqueados en la pubertad los referentes estabilizadores de la infancia, la adolescencia constituye un tiempo de trabajo psíquico relevante en el proceso de constitución subjetiva. La violencia, cualidad inherente a lo humano, puede contribuir a dicho proceso o bien trocarse en acto de destrucción de sí o del otro. Ante la falta de palabras para decir el sufrimiento que vive, el adolescente busca expresar a través del cuerpo y en el mundo externo aquello que no logra representar psíquicamente, conservando de este modo un vínculo con su interioridad. El adolescente es particularmente sensible a la imagen de sí mismo que el mundo le reenvía, por ello no resulta banal el contexto social y singular que le rodea. Una configuración de condiciones internas y externas hará que la violencia surja en su carácter destructivo o bien que se mantenga al servicio de la constitución subjetiva del adolescente.

### **Summary**

*Mireya Frioni, Cecilia Romero, Alicia Abal*

The purpose of this paper is to share a reflection about violence and its possible expressions during adolescence. Threatening in puberty the stabilized referents of childhood, the adolescence constitutes a time of psychic work, which is very relevant in the process of subjective constitution. Violence, an inherent quality of humanity, can contribute to that process or can be exchanged for an act of destruction of himself or the other one. Because of the lack of words to express the suffering that an adolescent is being through, he tries to express through his body, and through the external world the things that he cannot express in a psychic way, preserving a link with his interior design. The adolescent is particularly sensitive to the image of himself, that the world sends to him, therefore it is not meaningless the social and singular context that surrounds him. A configuration of internal and external conditions will make violence appear in its destructive way, or it will make violence stand to the service of subjective constitution of the adolescent.

### **Bibliografía**

- ARIÈS, P. El niño y la vida familiar en el antiguo régimen. Madrid, Taurus, 1987.
- BARRAN, J.P. Historia de la sensibilidad. Tomo II. Montevideo, Banda Oriental, 1990.
- BIRRAUX, A. « Violence à l'adolescence et clivage du moi ». En: MARTY, F. L'illégitime violence. La violence et son dépossession à l'adolescence. Eres, París, 2000, págs. 131-144.
- BOURDIEU, P. La distinción. Madrid, Taurus, 1998.
- CLASTRES, P. Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004.
- DUSCHATZKY, S; COREA, C. Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones. Buenos Aires, Paidós, 2002.

- FRIONI, M. “Adolescencia y sus identificaciones. Reflexiones sobre psicopatología y actuación”. En *Adolescentes hoy*, en la frontera entre lo psíquico y lo social. Trilce, Montevideo. 2005.
- GIL, D. “La familia, la prohibición del incesto y el fin del patriarcado”. En: GIL, D y NÚÑEZ, S: *¿Por qué me has abandonado? El psicoanálisis y el fin de la sociedad patriarcal*. Montevideo, Trilce, 2002.
- \_\_\_\_\_ “El cuerpo en los ritos”. En: *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, N° 61, 1982, págs. 102-114.
- GREEN, A. »Destins de la violence«. En: *Coloquio de Mónaco. Journal de la psychanalyse de l'enfant*. N° 18, Bayard, 1995, págs. 215-274.
- JEAMMET, P. “Violencia y narcisismo”. En: *Revista n/A, Adicciones*, No 11. Buenos Aires, 1998, págs. 54-61.
- MOGUILLANSKY, C.E. “El cuerpo adolescente y los niveles de privacidad”. En: *Rev. n /A*, N° 2, 1992, págs.171-182.
- MOLINER, M. *Diccionario uso del español*. Tomo II. Madrid, Gredos, 1986.
- PELENTO, M. “La adolescencia y los objetos culturales”. En: *Coloquio Pensar los adolescentes hoy. En la frontera entre lo psíquico y lo social*. Montevideo, septiembre 1, 2 y 3 de 2004.
- PERROT, M. “La familia triunfante”. En: ARIES, PH. Y DUBY, G. *Historia de la vida privada*. Tomo IV. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial. Madrid, Santillana, 2001.
- PLATON. “Laques o del valor”. En: *Diálogos*. Méjico, Porrúa, 1979, págs. 43-59.
- REGUILLO, R. *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires, Norma, 2000.
- ROUSSEAU, J.J. “Emilio o la educación”. En: *Obras escogidas*. Buenos Aires, El Ateneo, 1950, págs. 35-696.